



El río en Porto (Javi Freitas)

EL RIO

Rafael Peláez Valle

-Ahí ven Manolo con un salmón- le dice María de San Julián a Gonzalo de Polaino (a la sazón con ocho años).

-Y en casa un neno- le contesta él. Aún estaba Petra en Ca'Polaino ayudando a mi madre a traerme al mundo.

Si yo fuera hoy aficionado a la pesca, se diría que me venía desde la cuna. Era frecuente ver en casa algún salmón.

Algunos de mis primeros recuerdos tienen algo que ver con el río. Recuerdo por ejemplo haber comido arroz con cangrejo de río preparado por Tita de las Canteiras, a lo que seguro yo no di ninguna importancia en aquel momento (era un niño), pero que hoy es irreplicable, porque hace muchos años que desaparecieron los cangrejos.

O una tarde con el Tío Ramón de las Canteiras, en la Veiga, enseñándome a tirar piedras botando sobre el agua hasta cruzar el río.

Recuerdo aún más a mi abuelo Pepón de Polaino, viejo marinero de chalano, vozarrón estentóreo y corazón blandísimo, esforzándose siempre por enseñar, cómo me explicó, metidos los dos en la corriente del río en la Veiga de Baxo, lo que hacían las lampreas para remontar contracorriente; no recuerdo cómo la cogió, pero fue la primera vez que yo vi la curiosa cabeza, boca y dientes de una lamprea.

También me habló, en otras muchas ocasiones, de cómo había cambiado el aspecto de muchos tramos del río, del que era un experto conocedor, de las tierras en el lado de San Pelayo, de las riadas, de tantas cosas,...

Años después, en sus últimos días, en cierto estado de ensoñación o delirio, realizaba con las manos ciertos movimientos nerviosos que no sabíamos interpretar, hasta que Don Ramón el médico dijo:

-Está tejiendo redes- (se refería a las redes de marear).

Cual más, cual menos, todas las familias del pueblo tenemos parte de nuestra historia en el río.

En Ca'Polaino esa historia la escribió sobre todo mi tío Manolo; él practicó el arte de marear, de pescar con redes desde el chalano, pero lo suyo era sobre todo la caña. El pescó uno de los mayores salmones, si no el mayor, de que se tiene noticia, de algo más de diecisiete kilos.

Es verdad que eran años de abundancia en el río Navia, pero a veces requería esfuerzos ímprobos, como cuando, al picarle un salmón en el pico de Barzamial, a la altura de la central vieja, para que no se soltase tuvo que coger la caña con los dientes y echarse a nadar, río abajo, con una importante crecida, hasta la Garavexa, donde ahora está la pasarela. Allí se le fue hasta con la caña; buen premio para Bernardo de la Cantina.

Esta afición requería de un detalle un poco dificultoso, como era coger el gallo en el gallinero y quitarle algunas plumas de colorines para confeccionar el reclamo de los anzuelos. Hoy hay plumas y anzuelos, pero no hay gallos.

También son pocas las personas que mantienen ese conocimiento del río y del entorno en general, que mantienen una perspectiva del paisaje observado desde el río, que son capaces de describir lo que se observa desde cada coto, desde cada revuelta, que reconocen los enclaves y las fincas por los árboles,... Hoy, nuestra perspectiva es desde las carreteras, y no vemos nada.

Con sonrisa en lugar de caña, descendamos el río y ascendamos a Navia.



Amanecer en La Barra (Javi Freitas)